

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 11 DE MARZO DE 1923

NÚM. 19.998



LA FE DE RENAN



Adieu, donc, ô Dieu de ma jeunesse!
RENAN. *L'Avenir de la Science.*



CABA de celebrarse, ahora, el 27 de febrero, el primer centenario del nacimiento de Ernesto Renán, y el 19 de junio próximo se cumplirá el tercer del de Blas Pascal. Pascal y

Renán, mucho más emparentados que pudiera creerse. Pascal, el del sollozo contenido que fué su vida, tomó por creencia las ganas de creer, y Renán, el de la sonrisa trágica, vivió de la añoranza de la fe de su niñez y mocedad. «En el fondo siento que mi vida está siempre gobernada por una fe que ya no tengo», decía él mismo al principio de sus *Recuerdos de infancia y de juventud*. ¡Una fe que ya no tenía...! ¿Y qué es tener fe? Otra vez se llamó «un cura fracasado (un prêtre manqué)».

¿La fe de Renán? «A menos de creer por instinto, como los simples, no se puede creer mas que por escepticismo.» (*Porvenir de la Ciencia*, III.) Ya en sus *Nuevos cuadernos de juventud* leemos que cuando sólo tenía veintitrés años escribía que la duda es tan hermosa que acababa de rogar a Dios que jamás le librara de ella, «porque sería yo menos bello, aunque más dichoso». Y él pidió, rogó, siempre a Dios la perfección y no la dicha. Rogó, rezó, hasta cuando creía ya no creer, sino dudando; sus más hermosas, íntimas y entrañadas páginas le son de oración: son plegarias. Y no me refiero a la tan celebrada que elevó ante la Acrópolis a Atena, la Minerva helénica. Renán, que se explicaba ciertas deficiencias espirituales de Clemenceau por no rezar éste, Renán rezaba escribiendo. Sus escritos suelen parar en plegarias; su estilo es litúrgico.

El final del libro que dedicó al porvenir de la ciencia y en que vertió su fe, fe hecha de dudas, fe escéptica, fe viva, no muerta, fe dogmática, en la razón, es una plegaria. «He sido formado por la Iglesia—dice—, le debo lo que soy y no lo olvidaré jamás. La Iglesia me ha separado de lo profano, y se lo agradezco. Aquel a quien Dios ha tocado será siempre un sér aparte; está, haga lo que le ciere, desencajado entre los hombres; se le conoce en una señal.» Y luego: «¡Oh, Dios de mi juventud! he esperado largo tiempo volver a ti a banderas desplegadas y con la altivez de la razón, y acaso volveré humilde y vencido como una débil mujer...» Y acababa: «Adiós, pues, ¡oh, Dios de mi juventud! Acaso serás el de mi lecho de muerte. ¡Adiós; aunque me hayas engañado, te quiero todavía!» ¡Hay en todo Pascal un sollozo tan desgarrador como éste? Y aquí: «¡Adiós, Dios!» Debajo de esta aparente *calém-bour*, de este juego de palabras, hay todo un mundo de dolores intelectuales, que son los más trágicos de los dolores. ¿Sabéis lo que es la rotura de un hábito mental? Hay momentos en que uno se cree loco y entra en la agonía de la ra-

zón; una agonía como la de Jesús en el Huerto de Getsemaní.

Renán, que decía que pocas personas tienen derecho a no creer en el cristianismo, le preguntaba a su Dios, teniendo veintitrés años, si quería que se hiciera un niño y que renunciara a la ciencia. «No puedo creer que me lo pidas. Lo que querría saber si me quieres, pues no puedes estar muerto. ¿Qué eres, pues?

pecie humana (*Hist. del pueblo de Israel*, lib. V, cap. XVIII). Y es que buscándola, tenía a la verdad. Sabía acaso que si quien ve la cara a Dios se muere, según las Escrituras (Jueces, XIII, 22), el que encuentra a la verdad entera y desnuda y se casa con ella, se vuelve loco de desesperación. Y él la buscó por partes y con veladuras en la Historia. Toda su filosofía fué una filosofía histó-

Porque la congoja de la inmortalidad persiguió siempre al aparentemente resignado. «A ella, a la fe en la inmortalidad, se debe los ejércitos—decía—y las victorias; se mata para sobrevivir.» Este es un estribillo que suena a cada paso en sus escritos. La religión era para él algo más y mejor que una moral. Pero no un dogma. Odiaba el dogmatismo inquisitorial—no inquisitivo—; aborrecía a los fanáticos, y su odio a ellos llegó hasta a celebrar a Mr. Homais.

La congoja de la inmortalidad, que era una cosa con la añoranza de su fe de niño, de criatura del Dios de Jesús, le hacía ir a buscar en el estudio, en la rebusca constante, el olvido a su pesar más hondo. Y escarbaba en la conciencia. Y en darse conciencia de todo, en hacerlo todo conciencia, buscó el remedio a la inmortalidad soñada. Buscó sus goces más puros «en el ejercicio calmoso y desinteresado de su pensamiento». «Dame tan sólo la vida—le decía a su Dios—, que yo me encargo del resto.» Y su vida era su pensamiento, era la conciencia de la acción de todo, que es una acción. El Teocriste de sus *Ensueños (Diálogos)* sueña que «al término de evoluciones sucesivas, si el Universo se reduce a un solo sér absoluto, este sér será la vida completa de todos; renovará en sí la vida de los seres desaparecidos, o si se prefiere, en su seno revivirán cuantos han sido». Es el ensueño pauliniano de la reconstitución, de la apocatástasis, de la recaudación de la conciencia universal humana de que leemos en la Epístola a los Efesios. Ensueño que en el pobre Nietzsche, el león loco que soltaba dolorosas carcajadas de desesperación, se convirtió en lo de la *vuella eterna*. Y a Nietzsche precedió Renán también en aquello otro del trashombre—*Uebermensch*—, y soñado con una serena claridad de lengua francesa—el ensueño es lenguaje—, de esa lengua que se hizo, decía, para dudar. Y dudar es soñar. «Los que, como yo — decía, hablando de Amiel, alma protestante—han recibido una educación católica, guardan de ella profundos vestigios; pero estos vestigios no son dogmas, son ensueños.» Y un ensueño era el de la inmortalidad final, el de la última reconstitución de la conciencia histórica. «¿Quién sabe—decía en la *Vida de Jesús* (capítulo XVII)—si el último término del progreso, en millones de siglos, no traerá la conciencia absoluta del Universo y en esta conciencia el despertar de todo lo que ha vivido? Un sueño de un millón de años no es más largo que un sueño de una hora.» Y en su libro sobre *El Anticristo* (cap. XVII) nos habla de «la conciencia del sér agrandándose sin cesar» y de «la posibilidad de un estado en que todos serán en un sér definitivo (Dios) lo que los innumerables brotes de un árbol en el árbol, lo que las miríadas de células del sér vivo son en el sér viviente»; un estado en que todos los que hayan sido «revivirán en la vida de Dios; verán, gozarán en Él, cantarán en Él un eterno aleluya». ¡Pobre soñador! El pensamiento no se resigna a hacerse tierra. Y soñó a su patria y fué un político. Un político, sí, y de fe. Su pensamiento



¡Tanto mejor si eres Dios; pero entonces házmelo saber!» Después pareció aquietarse, resolvió su carrera, se casó y resignóse a buscar, en apasionada pesquisa, la verdad. Y lo de que se casara, él, cura fracasado y siempre clérigo, y se hiciera marido y padre, especie de sacerdote laico o pastor protestante liberal, es lo que acaso más hondamente le distingue de Pascal, soltero y laico siempre, monje del siglo.

Para alimentar la trágica añoranza de su fe infantil dedicóse a la pesquisa y enquisa de la verdad, para la que en conjunto, creía, está poco hecha la es-

rica; en el fondo, muy triste. Asistió al espectáculo que se da a sí mismo el gran Corego del Universo, como le llamó, el Empresario de la Historia, y cumplió en la función su papel.

¡Triste Historia! «La historia del mundo es la historia de Troppmann. Si Troppmann hubiera conseguido salvarse en América, se habría hecho conservador después de haber sido asesino, y habría hecho del bien adquirido por otros un empleo muy brillante—dice. ¿Pesimismo? La cosa es vivir en la Historia; vivir, esto es, no morir y eternizarse.

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

El sentido pompeyano del arte y de la vida

fué su acción. Para ser lo que llamamos un político militante, gubernamental—los de oposición lo son también—, le sobró conciencia; para ser actor le sobró espectador. En su carta a Strauss, cuando la guerra del 70, se preguntaba si Bismarck era filósofo, si veía la vanidad de todo lo que hacía sin dejar de trabajar con ardor en ello, o si no era más bien un creyente en política, un iluso de su obra. Y es que la fe patriótica, política, de Renán era como su fe religiosa: un ensueño de anhelo, de pasión y de tristeza. Como el padre del niño endemoniado de que nos habla el Evangelio (Marcos, IX, 24), Renán pudo decir: «¡Creo, ayuda a mi incredulidad!»

Fe cimentada en duda, en dulce desesperación resignada; un necio diría que fe de pesimista. «Acordémonos—dice en *La reforma intelectual y moral*—que la tristeza sólo es fecunda en grandes cosas y que el verdadero medio de levantar a nuestro pobre país es mostrarle el abismo en que está.»

Tal fué la fe religiosa, científica y política de aquel sacerdote truncado que odió el dogmatismo, que odió la mentira consabida y consentida, que huyó de la germánica «pedantería del atrevimiento» (*pedantisme de la hardiesse*)—se refería a Feuerbach—, y que sonriendo, con los labios de boca amargada por el pasto de la tragedia de la Historia, alimentó los ensueños de los que sienten el vacío del Dios Hombre, de los que ansían congojosamente pensar y ser pensados por las eternidades de la eternidad.

Miguel de UNAMUNO

CRIBA

Del Rey abajo ninguno

El atractivo que el pasado ejerce sobre nosotros es tan grande—y tan difícil sustraerse por completo al recuerdo, o a su añoranza—que muchos prefieren vivir en él y pensar conforme a una época bastante anterior—de algunos o de muchos años—a aquella en que realmente viven. Así, únicamente, se explica que un talento tan comprensivo y bien informado como el doctor Lafora adopte, estudiando el *cubismo*, a posteriori, un criterio análogo al que hubiese adoptado Max Nordau, y que unos jóvenes artistas (jóvenes y artistas quiere decir, en este caso, alumnos de una *Real Academia de Bellas Artes*) confiesen—por adulación o por ignorancia, tímida o audazmente—que el *cubismo* no ha llegado a ellos todavía, añadiendo: afortunadamente—que es como si un jefe de estación dijera que el tren *x*, que hacía quince años que debió llegar, no había llegado todavía, afortunadamente.

Fenómeno futuro

La muchedumbre llena el vasto circo luminoso. Música. Algarabía. Clowns. Equilibristas funambulescos. Por último, se anuncia el número sensacional: el famoso profesor Einstein, con su violín, explicará al respetable público la *Teoría de la relatividad generalizada*.

Un criado le anuncia y él avanza torpemente hasta el centro de la pista, para que nadie pueda suponer que hace trampa.

«Ciencia sin conciencia pierde el alma—dice la máxima rabelaisiana—. ¿Qué será entonces—el alma y el cuerpo—ciencia sin pudor?»

(Henri Poincaré, en el Empíreo, sonríe escépticamente—y Lorentz, preocupado.)

José BERGAMIN

Por un azar muy expresivo, el templo que mejor conserva su fisonomía en Pompeya es el de Isis. ¿Era el templo de la colonia egipcia o era la incorporación de la mitología egipcia en el Panteón grecorromano? Lo probable es que ni Egipto ni las tierras helénicas y romanas fuesen fieles a su primitiva pureza. La fusión entre el espíritu de Oriente y el clásico tuvo por solar la metrópoli de Alejandría, donde se preparó el ideario cristiano. Pero ¿nos da Pompeya la sugestión de la decadencia alejandrina, con su exaltación enfermiza de valores espirituales y su visionaria transfiguración de las escuelas griegas, por contagio del simbolismo oriental? No. Alejandría, en la evolución del clasicismo, podría ser considerada como valor equivalente al de nuestro período romántico: un retorno del elemento pasional y espiritual de los bárbaros.

Pompeya es también una corrupción, una decadencia: la corrupción del latínismo. Pero es corrupción material, no apelación exaltada a las trascendencias invisibles. Si hemos de compararla con algún momento de nuestra evolución moderna, tendremos que acudir a las decadencias neoclásicas, al Versalles de Luis XV, al arte *rococo*, al sensualismo fácil y sin amargura, de la Citeres de Watteau, las pastorales de Boucher y las malicias eróticas de Fragonard. ¿Acaso no cayó sobre ese arte francés otra erupción destructora?

Subimos la gradería ruinosa del templo de Isis; nos acercamos al muro, a las columnas enhiestas todavía. Un relieve nos muestra una figurilla inconfundible, con la forma hierática del arte egipcio. Pero ese recuerdo de aquel arte severo y funerario tiene aquí un innegable exotismo. Es verdad que los otros templos de Pompeya, fieles a sus advocaciones clásicas, apenas pueden remover ya nuestros sentimientos, porque la destrucción ha quitado a esas piedras el fuego que las animó. Pero lleguemos hasta el Foro, que es sin duda el lugar más viviente de Pompeya. Curvas de arcos, graderías del templo de Júpiter, pedestales. En el fondo, altivo, humeante, amenazador, erige su recuerdo trágico el Vesubio.

En esta plaza es donde os penetra con mayor penetración el effluvio de Pompeya. El Foro de Roma os infundía un aliento de dominio, la exaltación de la Ciudad sobre el Hombre. Aquí os invade un conformismo plácido, sonriente, refinado. La pompa cesárea es aquí ornato sutil al servicio de la vida y del placer.

¿Qué grupo de edificios considerables vemos allá lejos, en uno de los extremos de la población? El teatro descubierto, o trágico, el cubierto, y el cuartel de los gladiadores. Esa es la huella más profunda del romanismo de Pompeya. Pero no recibis con ella la sugestión directamente sangrienta del Coloseo; sino el recuerdo de la integridad primitiva de las representaciones teatrales, fieles a su origen.—El propio cuartel de gladiadores es la transformación ocasional de un patio del teatro. Pompeya conserva, pues, en los edificios de sus espectáculos, el tono medio de su vida, que no parecía predestinada a la tragedia real. La erupción, vista a nuestra distancia histórica, toma los caracteres del castigo providencial, a la manera del fuego de Pentápolis. Sin embargo, Pompeya

debió morir sorprendida en la incauta somnolencia de su tálamo, y asombrada de su propia inocencia de víctima, incapaz para esa grandeza siniestra.

Divagamos absortos, por las calles, ya integrados absolutamente en nuestra ciudadanía pompeyana. Bebemos el agua de una fuente pública, para que en nosotros penetre el caudal de las arterias de la ciudad. Pero esa agua es desagradable y cálida... La vía principal está atravesada por bloques de piedra que servían a los transeúntes en los días de riada. Penetramos por calles angostas, en cuyos muros quedan todavía las proclamas electorales: *Elegid a Fulano!*

La casa de los Vetii, así llamada por los sellos (*vetii*) de dos libertos, que fueron encontrados en sus excavaciones, es la más típica de Pompeya. Ella, propiamente, es la *Casa*; nos da la norma del sentido doméstico en la vida pompeyana. Acude a nuestra mente el recuerdo de la etimología griega de *Pausilypon*, el arrabal napolitano cuyo nombre equivale al *Sans-Souci* de Federico II. La Casa pompeyana nos habla de ese abandono en brazos de la vida, esa lánguida delectación que supera el dolor por el olvido y recoge el caudal fugaz de los placeres como haciendo a la Muerte un visaje burlesco. No es la conformidad del Eclesiastés, fundada en la convicción pesimista de que todo es vanidad. El alma pompeyana llegaba al mismo abandono por vías de optimismo sin inquietudes, y saboreaba el vino de su copa junto a los labios de la mujer que le brindaba un amor sin mezcla de frenesíes espirituales. Los dioses lares recibían aquí un culto suavemente incrédulo, y los antiguos toros divinos eran coronados por manos carícicas, con una voluntad de ornato más que con una devoción creyente y fiel. Ritos supersticiosos, brotados de esta tierra de fuego, predestinada a convulsiones infernales, se mezclaban con las formas antiguas del culto. ¿No es aún así la Nápoles que acabamos de visitar? Tierra de sibilas y hechiceras, propicia a la leyenda maligna, al encantamiento y al conjuro. Así como la esencialidad artística de Roma se atenuó aquí en las formas del adorno y la decoración, también el sentido religioso debió degenerar en la idolatría preciosista y en el talismán o el amuleto.

Sobre la Casa pompeyana se ha fundado una Estética. Pompeya no se limitó a salir de su sepulcro, sino que invadió, imperialmente, el mundo. Por una extraña compensación de valores divergentes, fué Inglaterra la que con más ahínco quiso estilizar la personalidad artística de Pompeya. En las páginas de Bulwer Lytton y en los cuadros de Alma Tadema (más inglés que holandés, a pesar de su origen) se encuentra el manantial de la divulgación pompeyana, que ha exagerado todavía el escepticismo original de Pompeya. La imitación pompeyana es la más falsa de las aclimataciones estéticas. No absorbe un espíritu, para comentarlo y amplificarlo, desentrañando sus ocultas intenciones. Imita una *manera*, una pura exterioridad. La vida pompeyana, a través de esa desvirtuación, se nos presenta como una danza; pero una danza que perdió su simbolismo religioso, y no es ya otra cosa que gesto teatral, muda apo-

teosis de quinto acto, cromatismo de indumentaria en un coro de ópera.

La casa de los Vetii me ofrece la ocasión, ineludible, de referirme a otro aspecto característico de la vida pompeyana: su concepto sexual. No es posible tratar aquí con toda libertad ese asunto. Pero la obsesión erótica os asalta desde que penetráis en las calles de la ciudad devuelta a la luz, ya que no a la vida. Un friso de edificio, una enseña de casa de comidas, el relieve de un pavés en plena calle, el adorno del borde de una caldera en la panadería, os saludan con sus formas fálicas, no sé si como grotesca exhibición, como amuleto de fecundidad y salud, o como resto de primitivas divinizaciónes simbólicas, pertenecientes a una moral sin inquietudes enfermizas. La casa de los Vetii tiene como enseña una pintura singularmente reveladora, como un epigrama de Marcial...

La plenitud de esa impudicia, seguramente huérfana de nuestra visión moral, la recibís en el Museo secreto de Nápoles, donde fueron trasladados los principales restos del arte obscuro de Pompeya.

Saliendo de la casa de los Vetii, hemos emprendido el camino de la casa del Lupanar, cercana a la única que conserva su balcón intacto. Atravesando la vía principal, en la cual quedan las rodaderas de los carros, señalando el camino de los proveedores del mercado que venían de las cercanas huertas, una forma inequívoca, en relieve sobre una piedra, signa la entrada del callejón proxenético... Una de las casas, en esa estrecha vía, ostenta la inscripción: *Este no es sitio de ociosos; sigue tu camino! Otiosus locus hic non est, discede morator*. Entramos, por fin, en la casa de las lobas. Desaparecieron las inscripciones invitatorias de la entrada: *Ingrede, viator, hic habitat felicitas*.—La casa es miserable, angosta. No sería ese lupanar el atractivo habitual de una ciudad cuyo sentido de la vida y del amor carezca de limitaciones y escrúpulos. Sería, únicamente, hogar propicio a los extranjeros y a los viajeros de paso, inhabituales de la ciudad.

Consérvanse los huecos de los lechos, a modo de nichos en los muros. Inscripciones borrosas, en las paredes, señalan precios, como en los famosos muros del Cerámico. Y unas pinturas, bien visibles aún, expresan los diversos ritos amorosos ofrecidos al visitante...

Pero ¿os comunica Pompeya una sugestión de refinamiento pecaminoso, a manera de las ciudades malditas? No. Vemos en ella la ausencia de la malicia que nosotros mezclamos en nuestro erotismo. Paradójicamente, veo un fondo de candidez e ingenuidad en lo que al viajero inadvertido parece procacidad y cinismo. Claro está que la vieja virtud republicana de Roma, la de Catón, la de Cicerón, la de Bruto, se ha tornado aquí alegre indiferencia, aceptación de la vida sin lejanías espirituales, sin ejemplaridad cívica. Pero creo que toda la resonancia escandalosa del nombre de Pompeya es una leyenda explotada para uso de turistas superficiales, ignorantes de la llama sensual en que ardieron las viejas culturas. Ni el amor físico tuvo en Pompeya la exaltación ritual de ciertos pueblos orientales, ni la brutalidad sanguinaria de la Edad Media, ni la extenuadora desazón de espíritu que le infiltraron los poetas de la civilización cristiana. Fué, simplemente, un placer, que no participaba ya de la plasmación divina de formas, como en Grecia, ni era todavía una presea de botín de machos ebrios, como lo sintieron los bárbaros.

Gabriel ALONSO

GRAFOLOGIA.-ESCRITURAS REGIAS

La escritura grande y sostenida, es decir, cuyo tamaño de letra no va en disminución, sino que es permanente, revela costumbres fastuosas, hábitos de grandeza, de orgullo, de generosidad, de aspiraciones elevadas.

Las escrituras aristocráticas son más amplias que las plebeyas y dejan más anchos márgenes. Por consiguiente, y por regla general, los reyes escriben con amplitud sin tasa.

Véanse las firmas de nuestros reyes:

A la Quisla Medusa
Laboratorio
Victoria Eugenia
1921.

Alfonso XIII

Un grafólogo francés, Rochetal, dijo que la firma de Don Alfonso XIII tenía el aspecto de una lanza blandida a lo Don Quijote. En el firme rasgo prolongado horizontalmente a la izquierda, se ve el culto del pasado, muy propio de toda regia estirpe, o el gusto por la Historia, que nace de un sentimiento análogo.

Alfonso XIII

La firma del ex káiser Guillermo II ocupa, con su rúbrica, bastante espacio. Como puede ver el lector, es de una elegancia algo teatral y efectista. Parece una fusta enrollada.

Guillermo II

Guillermo II

He aquí los autógrafos del zar de Rusia y de su hijo. Ambas firmas tienen cierto aire de familia, caso frecuente entre las escrituras de padres e hijos,

de hermanos, y hasta de marido y mujer, al cabo de algunos años de convivencia, lo cual se explica, no sólo por espíritu de imitación de uno de los dos cónyuges, sino por la recíproca influencia de los caracteres.

Albert

La presente firma del rey Alberto I de Bélgica puede considerarse como una excepción; es de una escritura pequeña, inclinada y sencilla.

Bonaparte
Lieutenant Général

La escritura de Napoleón es de tamaño corriente; pero téngase en cuenta que el emperador no lo era de origen, y en su pasado había conocido días precarios, en los que su probidad le hizo aprender una rigurosa economía. Sabido es cuánto le enojaban los despilfarros de Josefina.

En la firma que ofrecemos al lector, Bonaparte estaba lejos del Trono. Bajo el nombre, con su endiablada escritura, dice: *Lieutenant*. Ya emperador, solía firmar con sus iniciales.

ils m'ont rappelés avec plaisir ceux que
vous m'avez autrefois inspirés chez ma mère,
vous appelant monsieur le Duc, que
depuis ce moment ils n'ont pas cessés
d'être les mêmes pour vous et que
personne n'a le plus vif désir de vous
en convaincre que
marie antoinette

versailles le 15 avril

Véase la escritura intuitiva—letras desligadas—de María Antonieta; no es de grandes dimensiones, pero la firma está constituida por letras de doble tamaño que el texto: orgullo del nombre, de la personalidad. Su rúbrica es un gracioso cayado pastoril.

Maria Antonieta

Pero la firma que raya en lo desmesurado es la de Luis XIV, el fastuosísimo Rey Sol, el que acabó con los pequeños amos de Francia, constituyéndose como grande y único amo. El orgullo que le hacía exclamar: *El Estado soy yo!*, se traduce gráficamente en la firma que ofrecemos al lector, firma de la cual sólo las minúsculas miden ¡tres centímetros de altura! Su rúbrica es un formidable arpón.

M. RAS

De la Société de Graphologie de Paris



IVAN, EL POBRE



CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

Allá lejos, en un país donde hace mucho frío, vivían en un pueblecito dos hermanos: el mayor se llamaba Boris, y era muy rico; tenía una casa hermosa, un corral lleno de aves, grandes rebaños e innumerables caballos; en fin, era tan rico, que le llamaban Boris, el rico.

El otro se llamaba Iván, y era muy pobre; vivía en una choza miserable, sin más compañía que la de un gato tuerto y un perro cojo; trabajaba, desde el amanecer hasta la noche, como un negro, y aun así apenas ganaba lo bastante para vivir tan miserablemente, que en el pueblo le llamaban Iván, el pobre.

Y hete aquí que Iván, el pobre, era más listo que el hambre, y que Boris, el rico, era egoísta y tenía el corazón más duro que las monedas que llenaban los cofres de su lujosa mansión.

Un día, Iván se presentó en casa de su hermano; Boris, al verle, frunció el ceño:

—¿Qué me querrá este pordiosero?— pensó, con desconfianza—. Si viene por dinero es que, a pesar de ser hermano mío, no me conoce todavía.

Pero Iván conocía a su hermano y no iba a pedirle dinero, sino sólo que le hiciera el favor de prestarle un caballo, pues tenía que ir a la ciudad y no poseía bestia alguna que pudiese enganchar a su trineo.

Gruñendo y refunfuñando, Boris dio orden a uno de sus criados para que prestasen a Iván un caballo.

—Y ahora—añadió amablemente—, véte y déjame en paz.

—Es que—insinuó Iván—el caballo no tiene arneses. ¿Cómo lo engancharé?

—Y a mí ¿qué me cuentas?—gritó Boris, furioso—. Tú me has pedido que te preste un caballo y en cuanto lo tienes me pides otra cosa; si también te la diera, me pedirías, sin duda, un traje o una vaca o un criado. Como no te marches en seguida me quedo con el caballo y te echo de mi casa a puntapiés.

Iván, el pobre, se marchó cabizbajo y preocupado. ¿Cómo se las arreglaría él para enganchar al trineo un caballo sin arneses? Y cavilando, cavilando, resolvió, al fin, engancharlo por la cola.

Pero al volver de la ciudad, y en el momento de ir a entrar en el patio de Iván, el caballo tropezó contra una piedra, se cayó de bruces y... ¡se arrancó la cola!

¡Bueno se puso Boris cuando vio volver a su hermano llevándole el caballo en tal forma!

—Yo te le he prestado con cola y tú me lo devuelves sin cola—gritó, furioso—. Págame, pues, el precio del animal.

—¿Y de dónde saco yo el dinero?—exclamó el pobre Iván, atónito y aterrado.

—¡Eso no es cuenta mía!—repuso Boris—. Y ya que no quieres pagar, te llevo hoy mismo ante el juez Chemiakine (1).

Iván, el pobre, se marchó desesperado, y como él conocía a los jueces en general, y al juez Chemiakine en particular, iba pensando:

—No me cabe duda de que siendo mi hermano rico, el juez ha de darle la razón a él. ¡Ni siquiera tengo dinero para entregarle un pequeño regalo! Y por otra parte, ¿cómo me las arreglaré yo,

Dios mío, para pagar el caballo? No podré, y me meterán en la cárcel. Más me valdría morir en seguida.

Mientras iba haciendo estas tristes reflexiones, pasaba por un puente, bajo el cual había un río que estaba helado, como ocurría en invierno a todos los ríos de aquel país tan frío.

Iván, el pobre, no lo pensó dos veces, y, ¡cataplún!, se arrojó desde el puente, de cabeza.

Pero en lugar de matarse fué a caer sobre un trineo que pasaba en aquel momento por el río helado, y en el cual iban todo un señor conde con su hijo.

vuelta en el pañuelo, como diciendo: «Para ti.»

El juez entendió que le prometía buena recompensa de dinero si fallaba a favor suyo, y, después de pensarlo un instante, declaró:

—Ya que Iván tiene la culpa de que el caballo de Boris esté sin cola, condono al tal Iván a guardar el caballo en su casa hasta que le haya crecido una cola nueva.

¡Puede suponerse la gracia que le hizo a Boris la sentencia! Pero no tuvo más remedio que apartarse para dejar el sitio libre al hijo del conde.

juez; dame tu caballo y yo me quedaré con él hasta que la cola le crezca de nuevo.

Boris, desesperado ante la perspectiva de separarse de su caballo, suplicó a su hermano que se lo dejara aunque fuese sin cola; pero Iván repetía obstinadamente:

—Debe acatarse el fallo del señor juez; debe acatarse el fallo del señor juez.

Y tanto insistió Boris, que, al fin, Iván declaró:

—Pues bien: consiento en dejarte tu caballo; pero ha de ser con la condición de que me des una cabra en su lugar.

Y Boris no tuvo más remedio que acceder.

Entonces Iván se acercó al hijo del conde:

—Amigo—le dijo—, has oído el fallo del juez Chemiakine: debes matarme como yo maté a tu padre. Yo me colocaré debajo del puente y tú te arrojarás desde arriba, aplastándome en tu caída.

Pero el hijo del conde prefería dejar a su padre sin venganza a tener que arrojarle desde lo alto del puente, y rogó al mozo que le dejara en paz.

—¡Nada de eso!—exclamó Iván—. Hay que acatar el fallo del señor juez.

El otro empezó a suplicar; pero Iván repetía obstinadamente:

—Hay que acatar el fallo del señor juez.

Hasta que el hijo del conde propuso:

—Y si yo te ofreciera veinte monedas de oro, ¿qué dirías?

—Diría que es muy poco — contestó Iván.

El otro empezó a ofrecerle más y más; pero a Iván siempre le parecía poco, hasta que le ofreció una verdadera fortuna; entonces Iván, el pobre, cogió los sacos de oro y se marchó camino de su choza.

Poco llevaba andado, cuando un criado del juez, que corría detrás de él, le alcanzó y le dijo:

—Mi amo me envía a buscar lo que le prometiste si fallaba en tu favor.

Iván sacó el pañuelo de su bolsillo, le desató y enseñó la piedra al criado.

—Lo que le prometí al juez—dijo—era esta piedra, con la cual le habría abierto la cabeza si no me hubiera satisfecho su fallo.

Cuando el juez supo esta contestación, exclamó:

—Menos mal que he fallado como lo he hecho; de lo contrario, a estas horas no estaría en este mundo.

Y en lugar de protestar ni volver a reclamar nada, se dio por muy satisfecho con haber salido sano y salvo de tan terrible asunto.

Con la cabra regalada por su hermano y el dinero del hijo del conde, Iván se hizo tan rico que se compró, a su vez, una casa hermosa, con establos llenos de ganado, corrales llenos de aves y cuerdas llenas de caballos, todos con colas magníficas.

Tanto fué así, que en el pueblo lo cambiaron el apodo, llamándole desde entonces Iván, el listo.

Y tal respeto infundieron su fortuna y su ingenio, que nadie volvió nunca a contrariarle en nada, temiendo tener que llevarle ante el juez Chemiakine... y ganar el pleito en contra suya.

Por la adaptación de un cuento popular ruso, **Magda DONATO**

Dibujo de BARTOLOZZI.



Iván cayó encima del anciano, y, naturalmente, lo aplastó.

—¡Ah, miserable! —gritó el hijo del conde—, ¡has matado a mi padre! Ante el juez me responderás de este terrible crimen.

Y en el trineo se lo llevó, a toda velocidad, a la casa del juez Chemiakine, donde ya Boris esperaba a su hermano.

Antes de entrar, Iván vio una piedra en la escalera; la recogió, la envolvió en su pañuelo y se la guardó en el bolsillo.

Boris, el rico, se apresuró a referir al juez toda la historia del caballo prestado, invocando su justicia para que obligase a su hermano a pagar el precio de la bestia deteriorada.

Entretanto, Iván se colocó detrás de su acusador, y cuando el juez dirigió la mirada hacia él para interrogarle, Iván alzó en alto el paquete de la piedra en-

Este refirió, a su vez, la muerte de su padre, al que el acusado había matado cayendo sobre él desde lo alto de un puente.

Y mientras hablaba, Iván, que permanecía detrás, tornó a enseñar la piedra envuelta en el pañuelo al juez.

—¡Caramba! —pensó el juez Chemiakine—. Si este hombre que tanto promete queda satisfecho con mi fallo, de esta hecha me hago rico.

Y dijo con gran solemnidad:

—Sobrada razón tiene el hijo del conde muerto al exigir una reparación al que ha matado a su padre; por lo tanto, condono a Iván a morir de la siguiente manera: será colocado sobre el río, y el hijo del conde se arrojará desde lo alto del puente para aplastarle.

Al salir de la casa del juez, Iván dijo a Boris:

—Ya has oído, hermano, el fallo del

(1) El juez Chemiakine es un personaje legendario en Rusia.

LA GAVILLA DEL BEXATO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE RAMÓN MARÍA TENREIRO

En julio terminé la carrera; pero hasta bien entrado octubre no conseguí ser destinado a la Granja Agrícola de La Coruña. Con ello realizaba un encendido deseo de generosa juventud; alcanzaba uno de los objetos que me habían llevado a hacer los estudios de ingeniero agrónomo: labrando el campo de Galicia, generación tras generación, había vivido, oscura y miserablemente, toda mi ascendencia, y si ahora yo, gracias a mi padre, había llegado a descubrir más claros horizontes, era ilusión mía la de consagrar saber y esfuerzo al mejoramiento de la tierra a que debía mi origen, para que en ella fuera menos desdichada, en adelante, la suerte de sus gentes. Además, aunque (nacido en la Argentina y educado en Madrid) apenas había pasado un año, hacía siete, en la patria de mis mayores, no sé si por herencia secular de la doble línea de antepasados campesinos o por contagio de lo que siempre había oído expresar soledosamente a mis pobres padres, no había para mí ambiente alguno en que tan a mi gusto me encontrara como en el de la paterna tierra; manjares que me gustaran como sus manjares; acento que acariciara mi oído como el de su vetusta lengua; ni mujeres que encendieran en mi pecho de veinte años los trémulos anhelos que inflamaban en él sus madres.

Un solo pariente inmediato conservaba allí: el hermano único de mi padre, cura de una parroquia de la montaña. Acaso los más gratos recuerdos de mi primera estancia en Galicia, al salir de la niñez y entrar en la mocedad, eran los de los dos meses pasados a su lado, levantando liebres y perdices por los riscos de su fragosa feligresía.

Quise darme el gustazo de hacerle saber en propia persona el destino que había logrado, para gozar de la primera expresión de su alegría, y así, al día siguiente de tomar posesión de él e instalar mis bártulos en la casa de huéspedes que me recomendaron, salí para Brigos en el primer tren de la mañana. Una hora de ferrocarril, dos de coche, y a medio día estaba en Somonte. Comí en un fonducho y me entregué a la nada fácil tarea de encontrar un caballo de alquiler que me llevara a casa del tío. Por fin, a eso de las tres, conseguí hacerme con vil jamego y salir de la villa por el largo puente que atraviesa de lado a lado las mansas aguas de la ría. Después, fui subiéndome despacio la tortuosa carretera que se encarama por las ásperas laderas del Ume: un despeñadero, a la derecha, que desciende vertiginosamente hasta el río; un muro ver-

tical, a la izquierda, que se levanta al cielo, vestido todo ello con la fresca pompa de pinos, robles, castaños, yedras, zarzales, madreselvas...

Siete años hacía que no contemplaba aquel grandioso paisaje, admirado y querido por mí antes de conocerlo, a causa de las entusiastas y nostálgicas ponderaciones de mis padres, y mi alma entera, llena de tierna emoción por la memoria de mis muertos, gozaba de él con cada uno de sus sentidos: vista, oído, olfato y casi gusto y tacto, traíame dulces sensaciones, que difundían por todo mi ser una suave delicia antes nunca gustada.

Era un gris atardecer de noviembre;

taberna turbaba la paz de la naciente noche con su agrio resplandor de acetileno y las violentas voces de los bebedores. Pero yo no llevaba miedo; jamás había temido a la soledad ni a las tinieblas y tenía en el bolsillo de la cintura del pantalón mi browning cargada, por si la suerte me deparaba algún mal encuentro.

En el cual creí durante unos momentos. Pasado un lugarejo de cuatro o cinco casas terreras, había otra taberna, a la derecha del camino. Dos hombres se destacaron, al pasar yo, de su puerta; avanzaron hacia mí, me miraron de arriba abajo y se quedaron en medio de la carretera observando mi marcha.

húmedas brañas, llenas de la nocturna fragancia de sus yerbas.

Anduve quizá dos horas vagando entre prados y maizales, y ya desesperaba de llegar antes del día, cuando una ancha senda me llevó a un puentecillo sobre el río en que había pescado truchas muchas veces en mi estancia anterior. Cien metros más allá estaba la iglesia de San Félix de Cume, y a su lado la mansión de mi tío. Alegrementemente crucé el herboso atrio, rodeé el ábside del templo, llegué a la gran puerta de la rectoral, así su llamador, y dos estruendosos aldabonazos retumbaron huecamente en la morada entera. Sin embargo, ni el más mínimo rumor mostré

que hubieran sido oídos por alguien: la casa siguió silenciosa y como muerta. Aseguré los golpes con no menor estrépito y entonces oí cómo, sobre mí, era abierta una ventana con toda cautela.

—¿Quién llama?— clamó rudamente el vozarrón de mi tío.

Encantado, al oírlo, respondí con alegría:

—Soy yo; soy yo; tío Rosendo.

Pero él tornó a preguntar, sin conocerme:

—Digo que ¿quién llama? Que se nombre el que sea y diga a lo que viene.

—Pero ¿no me conoces por la voz, tío Rosendo? Si soy yo; Agustín; su sobrino Agustín.

La fuerte voz se quebró en un temblor de emoción.

—¡Ave María Purísima! ¡Agustín!... Pero ¿qué pasa, hombre, que vienes así, a estas horas?

—Nada malo, tío.

—Pues espera, que ahora bajo a abrirte.

Cerró de golpe la ventana y en seguida lo oí bajar como un yendaval por la gran escalera de piedra.

Forcejeó un rato con la cerradura, pues de puro aturdido no acertaba a abrir con la llave; recorrió después con feudal fragor los cerrojos, abrió la puerta... A la luz del farol que sostenía la criada, descubrí la figura alta y recia, el semblante ultravaronil, moreno y enjuto de mi tío.

Me estrujó entre sus brazos, casi sollozando.

—Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre venir así! ¿Qué te pasa?

—Que por fin estoy destinado en La Coruña y quise venir en seguida a darte la noticia.

—¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!—rezongaba.

Sin soltarme de los brazos, apartó mi cabeza de la suya y me estuvo mirando un buen rato.

—¿Sabes que estás hecho un real mozo? Lo que se dice un real mozo. ¿Qué te parece, Maripepa? Así te gustaban a ti hace veinte años, ¿no? Bien se ve que



blanda neblina envolvía en sus delicados pliegues, río y colinas, arboledas, aldeas y labrantíos; las cimas de los montes se perdían entre los griseos bullones de las nubes. Intermitentes ráfagas susurraban con melancolía en la caduca fronda de los árboles.

En la exaltación de mi lirismo, apenas notaba la mala marcha de mi cabalgadura: al paso que llevaba, ni a las nueve de la noche estaría al término de mi viaje. Cuando advertí que iba anocheciendo, hostigué vanamente al caballo: al sentir el castigo, arrancaba con un tróteco cochimero; pero dos minutos después volvía a remolonear y se abandonaba a su remisa andadura.

Era casi de noche cuando llegué a la yerma meseta dilatadísima donde se hallaba la parroquia de mi tío. La carretera iba ahora por una ondulada llanura, en la que no se descubrían árboles ni casas, rudamente barrida por los vientos. Sólo, de cuando en cuando, alguna

Pensé que iban a seguirme y eché mano a la culata de mi pistola; pero después de haberme mirado largo rato, volvieron a meterse en la siniestra taberna.

Seguí adelante, algo preocupado por la conducta de aquellos tipos sospechosos y por parecerme que no llegaba nunca al arranque del camino de herradura que conducía a casa de mi tío; mas, sin saber cómo, me encontré delante de la iglesia de San Martín de Bande; había dejado muy atrás la senda que buscaba, precisamente junto a la taberna donde había topado con aquellos pajaracos de mal agüero. Reflexioné un momento sobre el partido que debía tomar. Volver atrás no me pareció prudente. Además, sabía que si remontaba el curso del riachuelo que pasaba al pie de la iglesia, llegaría al lugar que buscaba; y así, sin pensarlo más, dejé la carretera, me apeé del caballo y, guiado por la clara voz del agua, con el animal de la brida, marché al borde de las

no te has dejado achuchar mucho por indecentes chulonas del cochino Madrid... Eres el vivo retrato de tu padre... de mi difunto hermano.

Y de nuevo tornó a estrecharme contra sí, más recio que antes. Yo sentía entre mis brazos su vigoroso torso, tan duro y firme como el de los santos de talla de su iglesia, y el viril olor a tabacazo, que era para mí inseparable de su recuerdo. Golpeé las espaldas con sus manazas, y cuando se desprendió de mí dejéme la mejilla llena de llanto.

Salí de los brazos del tío para caer en los de la criada, que también me besó, con muchas exclamaciones y lágrimas. Era viuda y hacía más de veinte años que servía en la casa. Había sido buena moza; alta, bien plantada, pomposa (*—Todo o que se precisa para mandar un crego a o inferno—* decía de ella el arcipreste de Bezoucos, pariente nuestro), y en su medio siglo bien contado, aunque disuelta en grasa su antigua arrogancia, bien podía pasar aún por perfecta estampa de ama de cura gallego.

Instalado mi caballejo en la cuadra, no lejos de la lustrosa yegua de mi tío, subimos a las habitaciones de la casa.

—Lo peor—decía el buen señor por la escalera—es que, como no esperaba un huésped de tu alcurnia, no tengo nada bueno que darte de cenar. Tendrás que contentarte con una taza de caldo del que tomamos nosotros y un par de huevos fritos con jamón o una tortilla de patatas; platos bien poco dignos de todo un señor ingeniero. Mañana, si Dios quiere, será otra cosa.

Entramos en la cocina. En el llar ardía alegremente una buena carga de leña y sus danzarinas llamas tenían de rojos resplandores las ahumadas vigas del techo, de donde pendían jamones, chorizos y cecinas, y las ennegrecidas paredes, en cuyas espeteras lanzaban claro centelleo cacerolas, calderos, sartenes y otros cien utensilios de cobre y hierro.

Mas, al momento, una inesperada visión cautivó mis miradas y ya no tuve ojos sino para ella. A lado del hogar, envuelta en los dorados reflejos de la lumbre que amapolaba su cuerpo florido, vestida con un blanco traje de percal, alzabase la más linda criatura que había alcanzado yo a ver jamás. El calor de las llamas y el de la vergüenza encendíanle el gracioso semblante y mantenía sus ojos tercamente clavados en tierra. Era Pepiña, la hija de la criada; pero yo había olvidado por completo a la chiqueta de ocho o nueve años que había sido compañera mía de juegos, siete antes, y mi sorpresa era inmensa.

—¡Jesús, rapaza! —decía la madre, queriendo empujarla hacia mí—. ¡Si pareces pampa! Saluda al señorito Agustín, mujer—, y dirigiéndome después sus palabras:— Tiene que perdonarla... No le sabe más... Ya se ve. ¡Como no salió nunca de esta montaña!

Pero yo no estaba mucho menos cortado que la muchacha, y sin poderlo remediar clavaba mis ojos en ella como ella en el suelo. En seguida me sirvieron una taza de caldo caliente, que tomé con presteza para librarme del frío. Después, una tortilla. No sé cómo, mientras tanto, era capaz de contestar a las incesantes preguntas del tío, pues con mi ser entero seguía las graciosas evoluciones de la mozueta, que me servía a la mesa toda azorada. Me parecía más linda a cada instante. Jamás habría yo imaginado que pudieran juntarse en criatura viva tal cúmulo de hechizos. Era para mí como si viera en ella el propio espíritu de la tierra. Los caracteres del ambiente natural y humano que me hacían amar aquel país sobre todos:

gracia, a la vez risueña y melancólica; dulzura, delicadeza, suavidad, ternura; los rasgos distintivos de la vieja raza atlántica, gastada por una plurimilenaria civilización, que daban a la juventud una breve época de sensual embriaguez, seguida de largos años de apocamiento y tristeza; todo ello semejaba haber tomado en la garrida moza palpitante carne de mujer, casi de niña, y producido en aquel olvidado rincón de la montaña su flor más perfecta. Por ella—según poco a poco iba descubriendo—era por quien, sin saberlo, había querido yo consagrar mi actividad y mi vida al mejor cultivo de los campos de mi tierra; en ella creía encontrar estímulo y premio para mis esfuerzos.

Acabada la cena, no tuve más remedio que tomar un vaso de coñac que me abrasó las entrañas, y trabajo me costó rechazar el terrible pitillo que me brindaba mi tío, confeccionado por él, picando unos temerosos puros del estanco. Tuve que referir entonces, por lo menudo, los varios incidentes de mi viaje. Las mujeres se santiguaron, llenas de espanto, cuando narré el encuentro tenido a la puerta de la taberna, y mi propio tío me reprendió severamente por la imprudencia de haber venido solo por el monte a horas semejantes. Justamente entonces, según me fueron revelando el amo y la criada, quitándose la palabra uno a otro, traía atemorizada a la comarca una gavilla de ladrones: la del Bexato, temible bandolero escapado de presidio, según se decía, al que no lograba dar caza la Guardia civil. En los dos últimos meses había asaltado las casas de varios ricos labradores y las había desvalijado, luego de maltratar a los habitantes; uno de ellos, ya viejo, había muerto del susto; habían dejado mal herido a otro. En la cuneta de la carretera habíase encontrado, cosido a puñaladas, el cuerpo de un tratante de ganados que regresaba de la feria de Brigos; también, a la orilla del riachuelo, más allá de la iglesia de Bandería, había aparecido el cadáver de un vendedor ambulante. Por todo ello, en todas aquellas aldeas no había quien se atreviera a sacar las narices fuera de su casa, una vez el sol puesto.

—Ya ves — terminó con gravedad mi tío—si fué serio el peligro que has corrido. Probablemente estaría en la taberna el Bexato. De buena te libraste.

Pero yo pretendí tomarlo a broma.

—Pues no debo tener gran facha de capitalista, porque ya ve usted que me dejaron pasar bien tranquilo—exclamé, riéndome, por echarlas de valiente delante de la niña—. Además, no iba del todo solo. Aquí tiene usted mi compañera—añadió, sacando mi browning.

—Mi tío, con apasionado gesto de conocedor, examinó detenidamente el arma.

—No está mal—dijo—; con una compañera como ésta voy yo a cualquier parte. No me dominaría el Bexato sin que le echara un par de los suyos patas arriba.

Derivó entonces la conversación por cauces más pacíficos, y no mucho después, tras un par de descomunales hostezos, acabó por decir mi tío:

—A las diez, en la cama estás, afirman los antiguos, y si voy a juzgar por el sueño que yo tengo, lo menos deben ser las once y media.

Había mandado que me hicieran la cama en una alcoba inmediata a la suya, donde había dormido yo cuando niño, y allí me acosté, después de dar las buenas noches al tío y recibir de él un aplastante abrazo.

La gran viajata me había dejado, sin notarlo yo, algo molido, y con delicia me tendí entre las sábanas, ásperas, frías, limpias, oliendo a armario aldeano, aromado con camuesas y yerbas de

las praderías. Fui invadido por un suave y dulce bienestar, como niño en su cuna. Jamás me había encontrado tan feliz como entonces, al sentir cómo me iba hundiendo tiernamente en el sueño, en la confiada paz de aquel viejo lecho familiar donde tantos de los míos habrían dormido, amado, sufrido, nacido y muerto. En torno a mí reposaba calladamente la casa, en una densa quietud, sólo turbada por los campesinos ruidos de las vacas en el establo, situado justamente bajo el cuarto donde yo descansaba; y fuera, envueltos en los blandos pabellones de las tenebrosas nubes, dormían con todo sosiego campos y aldeas. Sólo no cejaba el viento; su ruda mano sacudía en las sombras el ramaje de los árboles con un rumor apagado y uniforme, que me brizaba aún más que el silencio.

Había dormido no sé cuánto tiempo, cuando desperté sobresaltado por un ruido que me pareció sonar sobre mi cabeza. Era como si hubiera caído algo. Incorporéme en la cama y escuché ansiosamente. No había duda. Alguien andaba de puntillas, con grandes precauciones, por el fayado.

Inquieto por los relatos del tío Rosendo y la criada, ya que sabía que en el desván no dormía nadie, me tiré al suelo, me vestí con rapidez y entré en el cuarto del cura, sin temor a que se burlara de mí si resultaba falsa la alarma. Estaba levantándose.

—¿También tú oíste? — me preguntó con toda tranquilidad.

—Sí, tío. Pero ¿no serán las criadas?

—Imposible. Aquí encima es el cellerero y la llave la tengo yo guardada.

Fué vistiéndose con tranquilidad, al tiempo que decía:

—Ya lo sabía yo. Un día u otro tenían que presentarse aquí. ¡Como que cuando tú llamaste pensé que eran ellos y abrí la ventana con el revólver amartillado!... Pero no hay que apurarse. ¡Calma! ¡Calma! Están dentro de casa, no cabe duda; pero no está dicho con eso que hayan de llevar la mejor parte. Hace muchos años que tengo perfectamente estudiados todos los posibles ataques a la rectoral y sus correspondientes defensas. Lo malo sería un doble ataque combinado; pero el Bexato no tiene gente para tanto. Es un caso muy claro y sencillo: acometida por el ventanuco de la despensa, subiendo por el tejado de la bodega. Nos despertó, al caer, la pesa que cerraba la ventana. Ahora tienen que forzar la puerta del cellerero. Estarán desatornillando la cerradura para abrir sin ruido; pero no saben ellos que hay un gran cerrojo por fuera, que sólo lo harán romper a fuerza de golpes.

Yo estaba asombrado. Nunca había visto de aquel modo a mi tío: sus brillantes ojos parecían iluminar todo su rostro, en el que se pintaba una serena expresión de gozoso y varonil dominio; parecía un heroico capitán que dispusiera una batalla.

Ya vestido, sacó del cajón de la mesilla de noche un par de revólveres y se los guardó en el bolsillo con un puñado de cápsulas; descolgó de la pared dos fusiles, uno de los cuales me entregó; también tomó de un estante dos linternas sordas, y puso una de ellas en mis manos.

—¡Ajá! —dijo, por fin, sonriéndose—. ¡Ya estamos! Supongo no te habrás olvidado de tu pistola. Ven conmigo.

Salimos al pasillo. Llegamos al pie de la escalera de mano por la que se subía al desván, merced a una trampa abierta en el techo. Subí dos o tres travesaños y escuché atentamente: no había duda, trataban de violentar la puerta del cellerero.

—Bueno—dijo mi tío—. Procedamos con toda cautela para que no nos oigan;

pues si nos oyen, se retirarán, y ya que han tenido la amabilidad de venir a casa, no quiero que se vayan sin haberme saludado. A ver si entre los dos quitamos la escalera. Tú, por ese lado.

Pesaba un judío muerto; pero las fuerzas del tío Rosendo eran hercúleas y no muy inferiores las de mis veintidós años. Casi a pulso, cuidando mucho de que no chocara con nada, tendimos la escalera en el suelo a lo largo del pasillo.

—¡Bravo! — murmuró el tío—. Ahora tienen que bajar saltando, y el salto puede ser mortal. Ya está hecho lo único difícil. Vente.

Dejó en el suelo, no lejos de allí, su palmaria encendida—para verlos bien al bajar—según dijo.

Volvimos a entrar en su cuarto y atrancamos la puerta. De allí pasamos al mío, y después a uno oscuro lleno de armarios.

—¡Bravo, hombre, bravo! —iba diciendo mi tío, con alegre acento—. Gracias a ti está saliendo tan bien todo. Yo solo me habría visto negro para quitarte la escalera. ¡Y pensar que si no te hubieras equivocado de camino y te hubieran visto venir hacia aquí habrían aplazado su visita para otro día! ¡Mismo fué Dios el que guió tus pasos!

Entretanto, apenas alumbrados por su linterna, habíamos entrado en una alcoba, donde, en una cama grande, dormían pacíficamente la madre y la hija. Despertaron despavoridas.

—¡Hala! ¡Arriba! Vestíos sin ruido—dijo rotundamente el clérigo—; hay gente en casa. No os importe que estemos aquí éste y yo, pues no estamos para recrearnos en mirar cochinas carnes de mujer.

Y mientras ellas, azoradísimas, se echaban de la cama, implorando:—¡Ay, Santísimo Corazón de Jesús! ¡Ay, Virgen del Carmen!—mi tío ordenaba con imperioso acento:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡A callar las mujeres!

Aunque ponía mi alma entera en obedecer los mandatos del tío, no podía evitar el que mis ojos, como sin quererlo yo, entrevieran en la penumbra que nos envolvía a todos, la garrida y blanca forma de la mozueta, ni que mis oídos oyeran con deleite el suave roce de las ropas al ser ajustadas sobre su lindo cuerpo. Entretanto, con rapidez, habíamos atrancado con un arca la puerta del pasillo y arrimado a la pared la mesa, al pie de un estrecho tragaluz que se abría cerca del techo.

—¡Subete — mandó mi tío — y dime lo que ves.

Desde lo alto miré por el ventanuco. Frente a mí, iluminada por la bujía del pasillo, abría sus negras fauces la trampa del desván.

—¿Comprendes ahora?—dijo el párroco, con tono triunfador—. ¡Que bajen cuando quieran!

Y prorrumpió en una gran carcajada silenciosa, que derramó un resplandor de felicidad por todo su semblante. Me pareció que estaba gozando entonces como nunca en su vida había gozado.

Se subió también él sobre la mesa y escuchó ávidamente.

—Aún hay tiempo—dijo—. Todavía están forcejeando con la cerradura. Vámonos a ver si podemos cortarles la retirada.

Bajó calladamente al suelo y se acercó a la única ventana del cuarto, situada al lado de la cama, donde, ahogada por los sollozos, acababa de vestirse la rapaza. Cerró la linterna, dejándonos a oscuras, y abrió con grandes precauciones la ventana.

—Lo que yo pensaba — murmuró—. Aquí está la escalera.

Y fué empujándola con la culata de

en fusil hasta hacerla resbalar sobre las tejas y caer con gran estruendo al atrio. Sonaron arriba pasos precipitados; alguien se asomaba al ventanuco para inquirir la causa de todo aquel estrépito. Sonó un silbido. En seguida oímos otros pasos por el atrio, al pie de la pared de la bodega.

—¡Ah!, vamos a ver si ocurre lo que yo quería—murmuró el cura—. Ven, Agustín; ponte a mi lado y prepara el fusil para disparar cuando yo te lo mande.

Oíamos cómo trabajaban abajo para poner en pie la escalera. Por fin, a pesar de las tinieblas, vimos aparecer su extremo sobre el borde del tejado. Una figura negra subió por ella.

—Ya es nuestro — dijo el tío, y una bárbara alegría vibraba calladamente en su voz—. Cuando yo diga «fres», dispara.

Pero un nuevo bulto surgió tras el primero; entre los dos levantaron la escalera, y, tratando de no hacer ruido, pretendieron llegar con ella hasta la pared de la casa.

—¡Ah! Doble presa — dijo el cura—. ¡Bien! ¡Bien! Para ti el de la derecha. Para mí el de la izquierda. Apunta con cuidado. Una... dos... tres...

Formidable detonación, acompañada de doble fogonazo, turbó la noche, y los dos hombres, con la escalera, rodaron tejas abajo. Oímosles caer sobre la yerba del atrio, y hasta nosotros llegaron sus gritos y lamentos.

—¡Bravo!, ¡bravo! — decía el tío, frotándose las manos—. Tiras tan bien como yo, sobrino. Ya se ve qué eres de mi sangre. Vuelve a cargar. Ahora sí que son nuestros los de arriba. ¡Que bajen! ¡Que bajen!

Yo estaba horrorizado de lo hecho y temblando de tener que repetir la hazaña.

—Pero ¿y si son muchos, tío?

—Yo sé cuántos son. Siete facinerosos componen la gavilla del Bexato. Dos quedan ya patas arriba en el atrio. Tenemos que entendérmolos con cinco. ¿No hemos, entre los dos, de irlos cazando uno a uno, según bajen por la trampa?

Cada vez era mayor mi espanto.

—Pero ¿no hay Guardia civil aquí cerca, a la que podamos avisar para evitarnos tal cacería?

—¿Cerca? A media legua... Pero ¿quién va a ir ahora allá—dijo el cura, mirando perplejo a uno y otro lado.

—Por ir, iría yo—le respondí—. En su yegua, que debe galopar muy bien. Pero no quiero dejarle a usted aquí solo en este peligro.

—¡Peligro! ¡Bah!—dijo despreciativamente mi tío, encogiéndose de hombros—. Puesto en este ventanuco y con las armas que tengo, ya pueden venir contra mí todos los Bexatos habidos y por haber. En menos de una hora estás aquí de vuelta con los guardias.

—Pero no sé el camino.

—Es verdad... Es verdad...

Las mujeres, besando las estampas benditas, medallas y escapularios que tenían en la cabecera de la cama, imploraban, llenas de angustia, a todos los santos del cielo.

—Mira, Pepiña — díjole de repente el cura a la rapaza—: ¿tú sabes bien el camino de la casa-cuartel?

—Lo sé; sí, señor.

—¿Y serás capaz de ir allí, sin perder la noche tan oscura como ésta?

—¡Ave María, señor! ¡Si lo conozco como los pasillos de esta casa!

—Bueno. Pues vas tú con Agustín. Báñate a la cuadra. Ensilláis la yegua. Le atáis unos trapos a los cascos para que no haga ruido al salir de casa. Va's con todo cuidado por debajo de la pa-

rra. Montáis al llegar al camino, y ¡al galope!, ¡cuanto la yegua pueda!

La niña repetía con voz cantarina: —A la obediencia de usted, padrino; a la obediencia de usted.

—Bueno, pues, ¡largo y buena suerte! Me dió un palmetazo en un hombro, otro a la rapaza...

—Para que podáis salir sin cuidado voy a entretener a esos bandidos con un rato de charla. ¡Eh!, tú, Bexato—gritó, asomándose por el tragaluz—, ¿hasta cuándo me vas a tener así, hombre? Baja de una vez y veámonos las caras. Ven a que te meta una bala en el cuerpo y pueda después irme a dormir con toda tranquilidad.

Alumbrado por la linterna sorda que me había dado el tío, guiado por la muchacha, que había dejado de temblar y

la muchacha y tuve que pasar mis brazos alrededor de su talle para sostenerla y manejar las riendas de la cabalgadura. El tierno cuerpecillo de la mozoela, sobrio de formas, delicado, tibio, suave, vino a quedar en inmediato contacto conmigo.

El animal arrancó al galope, en medio de las sombras, por el camino que señalé mi compañera. Las manitas de la niña sujetaban firmemente sobre su pecho el capote, que quería arrancarnos el viento con sus rudos zarparzos. Gracias a aquel abrigo lográbamos mantener un dulce y templado ambiente en torno a nuestros cuerpos, a pesar de las inclemencias de la noche. Sentía yo bañado mi rostro por el cálido y húmedo aliento de la niña, que suspiraba sin cesar con gran congoja:



parecía haber adquirido la serenidad que requerían las circunstancias, bajé a la cuadra por una escalera de servicio. Mientras ensillaba yo a la mansa yegua, le envolvía ella las patas según había mandado el párroco, cuyo vozarrón seguía sonando allá arriba. Con infinitas precauciones abrimos la puerta de la cuadra, sacamos la yegua y comenzamos a marchar bajo la parra. El momento podría haber sido de peligro si hubiera habido algún bandolero de guardia en el tejado y no hubiera estado tan oscura la noche; pero sin novedad llegamos al camino.

Salté sobre la yegua y me afiancé en los estribos, corriéndome hacia atrás cuanto me fué posible. En seguida, no sin emoción, levanté en mis brazos a la niña y la puse en la silla, delante de mí. La noche era tormentosa. Bramadoras y glaciales ráfagas galopaban por la tenebrosa comarca, sacudiendo con temeroso ruido los ya desnudos árboles. Llevaba yo puesto un gran capotón del cura, que me había dado, al salir, la criada. Envolví en sus grandes pliegues a

—¡Ay, mi naiciña querida! ¡Ay, padrino de mi alma!

Y sus despeinadas guedejas me hacían cosquillas en el semblante.

La yegua galopaba y galopaba entre las tinieblas y el viento. Las doloridas quejas de la muchacha, que se apretaba angustiosamente contra mí como contra su salvación y defensa; la dulce sensación del íntimo y ardoroso contacto de su persona bajo el refugio de la capa, que nos envolvía con dulzuras de nido; la hosquedad de la noche tormentosa; el desamparo de la linda criatura, todo contribuía a que surgiera con toda violencia, en lo profundo de mi pecho casi adolescente, un sentimiento de cariño que estaba a punto de hacerme olvidar la necesidad urgentísima que nos había arrancado a aquellas horas a la paz del hogar. Contra mi voluntad sentíame dichosísimo de aquella correría y había algo en mí que deseaba que no llegáramos nunca al término de nuestra jornada. ¡Oh, ir siempre así, siempre así, por la vida entera, estrechándola contra mi pecho, resguardándola con

mis brazos de todos los males y miserias de la vida! A punto estaba de interrumpir con un tierno beso el curso de sus lamentos, cuando:

—¡Gracias a Dios! ¡Ya estamos!—exclamó la niña.

Descubrí entonces una negra casa, a la izquierda del camino.

Nos arrojamos de la yegua y aporreamos la puerta con todas nuestras fuerzas. Apareció un hombre al balcón. Con palabras entrecortadas y casi sin sentido le hicimos saber lo que ocurría y pedimos auxilio. En un instante estuvo en conmoción todo el cuartelillo; nos hicieron entrar, nos dieron sendos vasos de agua con aguardiente para que nos serenáramos. Pretendí yo, entonces, dejar allí a la rapaza, con la mujer del sargento, para evitar que presenciara las escenas que tendrían que ocurrir en la casa rectoral a nuestra llegada y poder ir yo a todo galope con los guardias. Pero Pepiña me rogó, deshecha en llanto, que la llevara otra vez conmigo; quería volar en seguida al lado de su madre y su padrino, y no viviría hasta saber si les había ocurrido algo malo. En su excitación intentaba postrarse a mis pies; me cogía las manos y trataba de besármelas. Si yo la abandonaba, se iría sola, a pie, corriendo por los campos.

Ya estaban ensillados los caballos, y el sargento ordenó que volviéramos como habíamos venido. La yegua estaba acostumbrada a cargar con la humanidad del señor cura, y entre la niña y yo difícilmente igualáramos el peso de su reverenda persona.

Montamos a caballo, partimos a todo escape y en menos de media hora estábamos en la huerta del tío. Atamos los caballos bajo la parra; por la puerta de la cuadra, cuya llave había llevado yo en el bolsillo, penetramos en la casa rectoral. La linterna, que había dejado yo encendida, nos alumbró para subir las escaleras.

Violenta disputa resonaba en la cocina. Por lo visto, mi tío había conseguido reunir allí a todos los facinerosos. Una pareja de guardias se quedó conmigo junto a la abierta puerta que daba al pasillo; la otra, guiada por la rapaza, fué a ocupar la que comunicaba con el comedor.

Pude ver entonces que el tío había dejado que los bandidos le saquearan la despensa: sobre la mesa había una buena cantidad de botellas vacías y monedones de chorizos y cecina. El cura estaba atado a su sillón, próximo al hogar, donde se quemaba un monte de leña. Tronaba la voz del Bexato:

—Acabemos de una vez, señor cura, que mismo parece que está jugando con nosotros. ¿Dónde tiene escondidas las onzas?

La voz del tío, serena y burlona:

—Si ya te lo he dicho y no quieres creérmelo: en el Banco de España, hombre.

—Suya será la culpa, cura de los demonios, si tengo que hacer con usted lo que yo no habría querido. Todos me sois testigos. ¡Vamos! Descalzadlo. Farruco, coge tú un buen tizón y plántaselo en la planta del pie a ver si sigue guaseándose de nosotros.

—¡Ay, Sagrado Corazón de Jesús!—gritaba entre tanto el ama—. Dígaselo, dígaselo, señor, por lo que más quiera. Dígale a ese Iscariote dónde guarda el dinero, si tiene alguno en casa.

—Y tú también, bruja maldita, me vas a decir dónde escondiste la rapaza—repuso con befa el Bexato—. También a eso carabel florido he de llevármelo, que quiero que me caliente por las noches la cama. Cogedla, levantadle las sayas y sentadla en las brasas hasta que le cho-reen las mantecas de las nalgas.

La mujer chilló agudamente antes de que pusieran en ella las manos. Abrióse entonces la puerta del comedor y entró corriendo la rapaza.

—¡Ay, mi naiciña! ¡Mi naiciña!

—¡Ah! Ya saliste del nido, palomita blanca—dijo el jefe de la cuadrilla, pretendiendo coger a la niña entre sus brazos.

—Y también nosotros—dijeron a una los cuatro civiles, entrando en la cocina—. ¡Alto a la Guardia civil!

Los bandoleros apenas intentaron defenderse. No bien vieron encañonados ante sí los fusiles, fueron dejándose amarrar, con hosca resignación de bestias.

Solté las ataduras de mi tío y le abracé alegremente.

—¿Está usted herido, tío? ¿Le han hecho daño?

—No, hombre, ni pensarlo. Sólo me dejé atar para hacer mejor la pamea, que si no... Ni éstos ni otros tantos eran bastantes para amarrarme. ¡A ver, rapaza! Saca una botella de tostado para los guardias.

Bebieron. Buscaron en el atrio a los heridos. Marcharon, llevando por delante a los amarrados bandidos, como ganado de matadero. Bajé a atrancar las puertas, y cuando volví a subir dijo mi tío, estrechándome entre sus brazos, casi hasta ahogarme:

—Gracias, gracias, sobrino. Jamás olvidaré lo que has hecho por mí esta noche.

Volvióse después a la rapaza, que so-

llozaba convulsivamente sobre el pecho de su madre:

—No llores, hijiña, que no te lleva el Bexato. Otros son los bexatos de que has de guardarte. Y lo peor será que esos te atraerán en vez de darte miedo.

Sacó su gran reloj de plata:

—¡Carape! Las tres de la mañana. Ya tan tarde. A dormir ahora dos horas, y a las cinco iré a confesarme con el cura de Bande. No quiero dejar de misar a la hora de costumbre y no me atrevo a hacerlo tal como estoy ahora. Porque a defender mi casa tenía derecho; eso no es pecado, no hay duda. Pero ¿no lo será el haberlo hecho con un placer tan grande? La verdad es—me dijo cuando entrábamos ya en su alcoba, llevando un brazo echado sobre mi hombro—, la verdad es que en la vida he disfrutado tanto.

Ramón María TENREIRO

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

"HORIZONTE"

Sumario del núm. 4 de esta revista:

Antonio Machado: *Bodas de Francisco Romero. Canción de despedida.*—Eugenio Montes: *El monasterio cúbico. La norma y la emoción. El Molino (de Estética de la muñeira).*—Damaso Alonso: *Chopo en la niebla. Juventud.*—Adriano del Valle: *La luna sobre el tejado.*—RAMON GÓMEZ DE LA SERNA: *El gran "Copólogo". La astilla del destino.*—Antonio Marichalar: *Oscilaciones.*—Pedro Garfias: *Madrigal. Claridad. Armonizaciones.*—Juan Chabás: *Tormenta. Tristeza. Arco-Iris.*—R. Buendía:

Viento. = Luis Buñuel: *Suburbios.* = J. Rivas Panades: *Dávila.* = F. Luque: *Sordomudos.*—Crítica. = Varia: Exposiciones. = Dibujos de B. Palencia.

Instituto Francés en España

Como hace varios años viene realizando—desde 1908—, el Instituto Francés en España dará, desde el próximo mes de abril, una serie de conferencias, cuyo programa ya está acordado.

M. Charles Diehl, conocido maestro de Historia contemporánea, especialmente por sus estudios sobre Bizancio—miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras—, dará una serie de conferencias sobre la Edad Media caballeresca en las regiones orientales del Mediterráneo: Palestina-Rodas-Chipre, acompañadas de interesantísimas proyecciones.

Otro historiador francés, M. Picavet, disertará sobre Versalles, la corte del Rey Sol, que evocará ante nosotros, mostrándonos también la ciudad y los campos.

El gran escritor francés Valery Larband, fino conocedor de nuestra literatura moderna, justamente considerado en Francia y en España como una de las más importantes figuras literarias contemporáneas, hablará de los periódicos y revistas literarias franceses actuales. La presencia de este escritor es esperada—y deseada—por todos con inte-

res vivísimo, y seguramente tendrá entre nosotros una acogida tan cordial y entusiasta como Jules Romains en la primavera pasada.

También merece toda clase de elogio el Instituto Francés por su elección, para unas conferencias musicales, de monsieur Henri Prunières, director de la *Revue Musicale*.

Por último, el Instituto ofrece, como novedad, una serie de lecciones sobre aviación, tituladas: «El avión, el mundo y el hombre», que dará M. Henri Bouché, director de la revista *L'Aéronautique*, que, reputado como persona competentísima en estos estudios.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

Obras de gran éxito:

PÉREZ DE AYALA: *Luna de miel, luna de hiel y Los trabajos de Urbano y Simona*, novelas, a 5 pesetas.

FRANCÉS: *El hijo de la noche y El misterio del Kursaal*, novelas, a 5 pesetas.

HERNÁNDEZ-CATÁ: *La casa de fieras*, novela-bestiar, 5 pesetas.

VALENTÍN DE PEDRO: *El arlequín azul*, novela, 5 pesetas.

GARCÍA MARTÍ: *Del vivir heroico y del mundo interior*, ensayos, 4 pesetas.

GUILLERMO DE TORRE: *Hélices*, poemas, 5 pesetas.

Librerías, estaciones y quioscos.

PHILIPS

FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLEXIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA (EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS) COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTIGUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal. De venta en todas partes.

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)